

Bianca



Un amor en cada página



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
E-pack Bianca y Deseo, n.º 308 - junio 2022

I.S.B.N.: 978-84-1105-850-6

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Sin reglas](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Un secreto para los dos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Epílogo](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

[Solo por el amor](#)

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Epílogo](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

[Deseos a medianoche](#)

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

_____Bianca_____™

SIN REGLAS

Susan Stephens



Capítulo 1

Las fiestas lo aburrían. No quería ir a la de aquella noche, pero los invitados contaban con su presencia. Embajadores, gente famosa y hasta miembros de la realeza que esperaban ver a Lucas Silva representando a la exitosa compañía tecnológica que dirigía y haciendo honores a su mesa.

Se dispuso a bajar al salón en su ascensor privado. Alerta, se preparó para revisar hasta el último detalle del evento que había organizado la empresa contratada. ¡Pobre de Party Planners si no estaba a la altura de sus expectativas!

Aunque... ¿por qué no debería ser así? Party Planners tenía la reputación como la mejor del sector. Solo había una mosca en aquella sopa tan cara. Debido a que la directora de la empresa, lady Sarah, había caído repentinamente enferma, la hermana pequeña de Niah, Stacey, había asumido la responsabilidad de organizar la fiesta de Barcelona. Y la mayor sorpresa de todas: su propia gente le había asegurado que Stacey era actualmente considerada la mejor organizadora de ese tipo de eventos.

Niah era su mejor amigo, pero habían pasado cinco años desde la última vez que había visto a su hermana en otro evento de Party Planners y, en aquella ocasión, la joven no le había inspirado precisamente mucha confianza. Por entonces apenas había empezado a trabajar en la empresa,

pero eran muchas las cosas que podían haber pasado en cinco años. En aquella ocasión en particular se había afanado en ayudar con poco éxito, derramando copas a diestra y siniestra. Pero, por supuesto, los recuerdos que guardaba de ella eran los de la adolescente bien dispuesta y servicial que había conocido cuando, estando todavía en la universidad, Niah l lo invitó a la finca de su familia. Niah l, Stacey y él adoraban los caballos y, cuando vio la calidad de los animales que criaba su padre, se juró a sí mismo que algún día tendría su propia cuadra. Y así había sido: en aquel momento era uno de los más destacados propietarios de purasangres y ponis de polo del mundo.

Sentía curiosidad por ver cómo había cambiado Stacey. Esperaba que hubiera hallado la felicidad al menos en su trabajo, porque en su casa sabía que no había sido así: su padre y su madrastra siempre la habían tratado como una sirvienta. En aquel entonces la pobre siempre se había llevado las culpas de todo, principalmente porque su madre había tenido la desgracia de morirle al darle a luz. Ninguna niña se merecía que la trataran así.

Niah l le había contado todo eso coincidiendo con la época en que, una vez alcanzada la mayoría de edad, Stacey se marchó de casa. Lo único que había querido su hermana por aquel entonces, según le comentó Niah l, había sido servir y hacer feliz a la gente, con la esperanza de que algún día alguien pudiera apreciar sus esfuerzos... cosa que nunca llegó a hacer su padre.

Rumiando todavía lo ocurrido durante aquellos cinco últimos años, entró en el ascensor. Obviamente Stacey había llegado a triunfar en su trabajo, pero, por lo que se refería a su vida personal, tenía sus dudas. La recordaba como una chica tan fresca e inocente... Se sonrió al evocar el flechazo que había tenido con él. Lucas nunca le había dado a entender que lo sabía, pero... ¿cómo olvidar el beso que le dio Stacey en las cuabras, cuando se abalanzó de pronto sobre él para colgarse de su cuello? Era un

recuerdo que conservaba toda su viveza. La dulce presión de sus senos contra su duro pecho jamás había abandonado su mente: se excitaba cada vez que evocaba la sensación. Lo cual era un error: Stacey era fruta prohibida para él. Demasiado joven, demasiado tímida, demasiado cercana.

Stacey había sido la verdadera razón de su última visita a la finca de su padre. Supuestamente había ido allí a examinar los caballos que ansiaba comprar cuando tuviera el dinero suficiente para ello. Ella no había dejado de provocarlo, de desafiarlo, cosa que no habido podido gustarle más. Había sido una presencia estimulante, vigorizante: lo había mantenido vivo justo cuando el dolor más abrumador había amenazado con ahogarlo. Lucas nunca había llegado a compartir sus sentimientos con ella... ni con nadie. Jamás nadie había sospechado la batalla interior que había mantenido durante años, excepto, quizá, Niah.

En aquel momento no le faltaba precisamente el dinero, de manera que podía comprar todos los caballos que se le antojara. Algunos se los había comprado al padre de Stacey, todo un experto en purasangres: varios los había convertido en campeones y había ganado mucho dinero con ellos, igual que con la cría de sementales. La empresa tecnológica que había fundado en la habitación de la casa familiar como medida desesperada para saldar las deudas de sus padres no había dejado de crecer. Y el dinero no había dejado de afluir desde entonces.

Decidido a mantener a sus hermanos y a su hermana después del accidente que acabó con la vida de sus padres, cuando el banco reclamó los créditos impagados, se había servido de un viejo ordenador para diseñar un programa capaz de rastrear las dinastías de purasangres de todo el mundo. Aquel programa había llevado a otro, y a otro más, hasta que la empresa Silva había terminado abriendo oficinas en las principales capitales del mundo. Su primer amor, sin embargo, siempre habían sido los caballos y las

salvajes montañas de Sierra Nevada, en cuya finca criaba amorosamente sus ejemplares.

Cuando se detuvo el ascensor y las puertas se acero se abrieron con un siseo, salió a la planta del salón. No pudo evitar ser consciente del interés que suscitó su llegada. La empresa Silva era puntera a nivel mundial. Gracias a su talento para las nuevas tecnologías y a la desesperación que lo había empujado, era el propietario de cuanto abarcaba con la vista, incluido aquel hotel. Pero no era ese su hábitat natural. Mientras contemplaba la deslumbrante decoración del salón, con la doble puerta todavía cerrada al paso de los invitados, le entraron ganas de quitarse de encima el compromiso cuanto antes. Aquel banquete, sin embargo, representaba una buena oportunidad de agradecer a su equipo de colaboradores el trabajo realizado, además de recaudar una buena cantidad de dinero para una serie de proyectos benéficos dignos de financiamiento. Pese a lo incómodo que se sentía con aquel esmoquin y aquella pajarita que amenazaba con estrangularlo, estaba dispuesto a mover cielo y tierra con tal de triunfar aquella noche.

Se dedicó a observar el bullicio de los preparativos, pero buscando todo el tiempo a Stacey con la mirada. ¿Cómo le habrían sentado los cinco años transcurridos? Esperaba que estuviera contenta y feliz. ¿Pero cómo se comportaría con él? Había llamado antes a su habitación, pero no había recibido respuesta. La fiesta estaba a punto de empezar. Ya debería estar allí... ¿dónde se habría metido?

Cuando estaba pasando por delante de la mesa de las bebidas, evocó la última y lejana ocasión en que había visto a Stacey, quien por cierto había derramado entonces una copa sobre su pareja, arruinándole el vestido... Al parecer, no dejaba de pensar en ella.

Le sorprendía que el destino hubiera vuelto a ponerla en su camino. Reconoció divertido que echaba de menos las pullas de Stacey. Solo ella se había atrevido a plantarle

cara y la verdad era que estaba harto de que lo adularan. Anhelaba su estimulante compañía, aunque antaño había estado a punto de volverlo loco con las pesadas bromas que solía gastarle en la granja. Echaba de menos las miradas que solían cruzarse y las chispas que habían saltado cada vez que habían estado juntos. Resultaba irónico que un hombre que podía comprarlo todo no pudiera comprar lo único que deseaba en aquel instante: unos pocos momentos de su tiempo.

El dinero no significaba nada para Stacey. Eso se lo había dejado muy claro el día en que él adquirió su caballo favorito. Cuando su padre le ofreció aquel potro tan prometedor, Lucas no había tenido ni idea de lo mucho que había significado para ella. Cuando apareció el transporte para trasladarlo a su finca de España, Lucas le ofreció a Stacey el mismo dinero que había pagado por el animal con tal de que dejara de llorar. Nada pudo haberla enfadado más en aquel momento. Y recordarle que con aquel dinero podía pagarse la universidad no mejoró la situación.

-¡Te odio! -le había gritado-. Tú no sabes nada del amor. ¡Lo único que te importa es el dinero!

Aquello le había dolido, porque sí que le había importado el amor. El dolor que le causó la muerte de sus padres nunca le había abandonado, aunque rara vez pensaba demasiado en ello, consciente de que corría el riesgo de hundirse si lo hacía.

-¡Si maltratas a Ludo, te mataré -le había prometido Stacey.

Ante el dolor que había visto brillar en sus ojos verdes, Lucas había entendido bien su situación: la angustia de alguien que, en términos de afecto, solo podía contar con un alocado hermano y con un caballo al que adoraba.

-¿Está todo a su satisfacción, señor Silva?

Se giró en aquel momento para encontrarse con la ansiosa mirada del director del hotel.

-Si detecta algún defecto, mi plantilla se encargará de corregirlo rápidamente -continuó, retorciéndose nervioso las manos-. Tengo que decirle que Party Planners se ha superado a sí misma. No recuerdo de ningún gran evento celebrado aquí que haya transcurrido tan bien.

-Gracias -repuso Lucas, cortés-. Yo estaba pensando precisamente lo mismo. Er... ¿ha visto usted a la responsable de Party Planners, por cierto?

-Ah, sí, señor. La señorita Winner está en la cocina, encargándose de los detalles de última hora.

El director pareció especialmente contento de ayudar y Lucas le dio una palmada en la espalda.

-Ustedes tienen una plantilla de primera. Estoy seguro de que ayudarán a los planificadores en todo lo que les pidan.

¿Pero por qué Stacey no había ido directamente a saludarlo? La chica debería estarle agradecida, en lugar de rehuir su compañía. Fuera como fuese, Stacey siempre había hecho las cosas a su manera y sin duda, se presentaría cuando se le antojara, nunca antes.

En un intento por distraerse, se dedicó a admirar la escena de fantasía invernal en la que Stacey había convertido el salón. Una fuente de champán, formada por copas colocadas en precario equilibrio, se elevaba hasta alcanzar la planta del entresuelo. Varios artistas estaban dando los últimos toques a esculturas de hielo a tamaño natural que representaban a caballos y jinetes mientras, en una esquina, los camareros de un bar de hielo preparaban elaborados cócteles. Girando sobre sí mismo, paseó la mirada por la pista de baile circular rodeada de mesas. Los mejores chefs del mundo cocinarían para los invitados. El aire parecía vibrar de tensa expectación. Pesadas copas de cristal tallado se alineaban en el immaculado mantel, mientras un verdadero bosque de velas iluminaba el ambiente. El color elegido para la decoración, verde y blanco, resultaba perfecto. La plantilla de camareros ya

estaba preparada y los músicos de la orquesta afinaban sus instrumentos.

Como un purasangre firmemente refrenado por su jinete, todo a su alrededor parecía listo para entrar en acción. Excepto su libido, se recordó, que esa noche tendría que sofocar como fuera.

Todo estaba listo. Stacey adoraba aquellos momentos, justo antes de que se disparara la pistola. Todavía estaba en vaqueros y camiseta, dispuesta como estaba a ayudar en todo lo que fuera necesario hasta el último momento, pero quería estar duchada y vestida con la máxima elegancia para cuando entraran los invitados. Siempre experimentaba un estremecimiento de excitación en aquellas circunstancias, aunque aquella noche la sensación era más bien de terremoto ante la perspectiva de volver a ver a Lucas. Quería que supiera que había triunfado, profesionalmente hablando, pero, sobre todo, que le encantaba su trabajo.

Lo que el equipo de Silva no podía saber era que lady Sarah, la propietaria de Party Planners, había caído enferma de repente y que el banco amenazaba con embargarla, pero si Stacey conseguía hacer de aquella noche un éxito y asegurarse el próximo contrato con Silva, el banco retiraría su intención de ejecutar el crédito. El equipo había trabajado demasiado duro. Si algo salía mal, sería ella quien asumiría la responsabilidad.

Enfrentarse al hombre que le había robado tantas noches de sueño durante su adolescencia no era poca cosa. Debería resultarle fácil, ya que le había seguido la pista desde entonces mediante Niah y la prensa. Lucas solía aparecer acompañado de tal o cual princesa o celebridad, siempre elegante pero con aspecto algo aburrido. ¿Estaría acompañado aquella noche? El pensamiento la inquietó. No

podría soportarlo. Pero tenía que hacerlo. Lucas no era suyo, nunca lo había sido.

Todo el mundo estaba muy excitado cuando el equipo de Party Planners se congregó para una reunión de última hora en la oficina contigua al salón de baile. Aquella era una ocasión tan emocionante como glamorosa y, aunque su agenda diaria estaba repleta de eventos similares, la fiesta de Silva era algo especial, sobre todo cuando el propietario y fundador se encontraba en el edificio. Todo el mundo había oído hablar de Lucas Silva. Sus proezas en el terreno profesional eran de conocimiento público, así como su prodigioso talento para el polo o su impresionante capacidad para criar y entrenar purasangres. Como resultado, todo el equipo hervía de entusiasmo ante la perspectiva de verlo, aunque fuera de lejos, lo cual incluía a Stacey.

¿Se abalanzaría sobre él, como había hecho en el pasado? ¿O le tiraría una copa a su pareja, caso de que se presentara con alguna? «¡Resiste! No te dejes vencer por los nervios», se dijo. Tuvo que recordarse que lo único importante era demostrarle a Lucas que tanto ella como su equipo eran los mejores para aquel trabajo.

Nada más ver a Lucas Silva, el aire escapó de golpe de sus pulmones. Al menos estaba solo, sin pareja alguna a la vista. Aún. Vestido de esmoquin, estaba insoportablemente guapo. Y el paso del tiempo había añadido gravedad a ese atractivo tan suyo. Se había dejado abierto el botón superior de la camisa y llevaba la corbata de lazo colgando del cuello. Con aquel físico de gladiador que tenía, exudaba un peligroso glamour que incitaba a toda mujer presente en aquel momento en el salón a intentar llamar su atención. Con la excepción de Stacey, dado que lo más probable era que Lucas continuara pensando en ella como en la irritante y algo molesta hermana de su amigo.

Sí, por supuesto que Lucas tenía un aspecto formidable, pero ella tenía trabajo que hacer. Le daría la bienvenida al evento, soportaría las críticas que él pudiera hacerle y corregiría cualquier defecto inmediatamente. Tenía que asegurarse el próximo contrato con su empresa. La fiesta anual que Silva celebraba en las montañas era aún más importante que aquel banquete. Cuando se filtrara la noticia, como era previsible, de que lady Sarah estaba enferma... ¿confiaría Lucas en ella para que ocupara su lugar?

Una vez que los miembros de su equipo se marcharon para cumplir con sus obligaciones de última hora, Stacey dispuso de un momento a solas para pensar. Sus pensamientos volvieron al hombre al que estaba viendo en aquel momento deambular por el salón, de lejos. Sin que pudiera evitarlo, evocó el beso que intentó darle años atrás, cuando sus sentimientos se impusieron a su razón. Sus hormonas de adolescente habían jugado un papel en ello, pero esa no podía haber sido la única causa, porque... ¿por qué entonces estaba experimentando la tentación de seguir aquel mismo impulso tantos años después?

En un intento por distraerse, fue a revisar la provisión de botellas de champán que se estaban enfriando. Seguía, sin embargo, pensando en Lucas. Resultaba inevitable. Lucas había estado presente el día en que ella tomó la decisión de abandonar la casa familiar, además de que había jugado un importante papel en la misma. La había sorprendido en las cuabras despidiéndose del potro al que tanto había adorado. En aquel momento había llegado a albergar la loca esperanza de que se hubiera presentado allí para decirle que había cambiado de idea y que podía quedarse con Ludo, pero, en lugar de ello, le había ofrecido dinero. Pero lo que le dolió todavía más fue que la conociera tan poco, que hubiera supuesto que el vil metal pudiera reemplazar a un animal tan querido. Su padre le había prometido que jamás vendería a Ludo. Le había mentado.

Se había enterado más tarde de que Lucas no había sabido entonces lo mucho que adoraba a Ludo cuando le hizo la oferta: la verdad era que su padre había vendido el potro sin informarla siquiera a ella. Aquello había sido la gota que había colmado el vaso. Ya por entonces había estado pensando en abandonar la granja, pero, después de aquello, no había tenido ya ninguna razón para quedarse. Para poder mantener a un animal con sus propios medios, había tenido que estudiar y cualificarse profesionalmente. Una carrera profesional había sido su único camino hacia la independencia.

Estaba ayudando a los miembros de su equipo a cargar las cajas de champán de reserva cuando se le ocurrió que, en realidad, no podía culpar a Lucas de la decisión que había tomado de abandonar su hogar. Si acaso, debería estarle agradecida. Aquel era un trabajo fantástico y contaba con los mejores colaboradores.

Qué contraste con la vida en la granja, reflexionó mientras avisaba a sus colaboradores de que solamente faltaba media hora para que abrieran la doble puerta para dar paso a los invitados. En su equipo, todos colaboraban con todos: los desafíos los enfrentaban juntos y ella era feliz allí, entre amigos. A su padre, en cambio, nunca le había caído bien, y a su nueva esposa todavía menos. Con Ludo vendido, no había tenido razón alguna para seguir en aquella solitaria granja. Se le había presentado la oportunidad de probarse a sí misma en la gran ciudad y, en aquel momento, era una buena profesional con un trabajo que hacer, se recordó mientras seguía afanándose con los preparativos. Estaba atravesando por enésima vez el salón de baile, con la idea de saludar de una vez por todas a Lucas y no retrasar más el momento, cuando una colaboradora la detuvo para comentarle un problema que había surgido con la disposición de los asientos en las mesas cercanas a la del anfitrión.

-Yo me encargo -dijo Stacey. Había dedicado horas a aquel asunto. En eventos como aquellos había que seguir un estricto orden jerárquico, para evitar susceptibilidades. Sospechaba que a Lucas no le importaría dónde sentarse, pero a sus invitados sí.

Sin embargo, para cuando hubo arreglado la situación, no vio a Lucas por ninguna parte. Se le encogió el estómago. Cuando lo saludara, debería mantener la actitud más profesional posible... Y después no volver a perderlo de vista y ponerse a su disposición con tal de asegurarse de que no fuera a rescindir el siguiente contrato con Party Planners. Lo que no significaba ponerse a su disposición en todo, por supuesto...

Capítulo 2

Le irritó ver a Stacey cruzando el salón de un lado a otro sin dignarse a mirarlo ni una sola vez. Vestida de manera informal como iba, sin maquillaje y con el pelo recogido en un moño, seguía impresionándolo con su belleza. Ciertamente que el ritmo de trabajo en un evento así era frenético, sobre todo cuando solamente faltaba una hora para que entraran los invitados, pero eso no era excusa para que no se hubiera acercado aún a saludarlo. «Al fin y al cabo yo soy el cliente, ¿no?».

«Está ocupada», se recordó. «¿Acaso no eso lo que esperas de una planificadora de fiestas, una absoluta dedicación a su trabajo?». Suspiró. Por una vez, lo que quería y lo que podía tener estaban separados por un abismo.

Se encogió de hombros. Salvaría aquel abismo.

Al menos en aquel momento se encontraba de regreso en su habitación, tranquilizada por la convicción de que su equipo lo tenía todo controlado. Se alegraba de haber decidido con antelación la elección de vestido, porque ver a Lucas la había afectado demasiado. Cuando no había estado en su vida, lo había tenido muy presente en sus pensamientos y, ahora que estaba allí, no podía pensar en

otra cosa...precisamente cuando más debía concentrarse en su trabajo.

Cerrando los ojos, soltó un tembloroso suspiro. Tenía una llamada que hacer, para la que iba a necesitar de todo su coraje. Desde que lady Sarah la puso al frente de los contratos con Silva, Stacey había establecido una excelente relación de trabajo con su equipo. Era por ello por lo que quería asegurarse de que no iba a meter la pata cuando le dijera a Lucas que, previsiblemente, sería ella también la que se encargaría de organizar su fiesta en las montañas. Enterrar la cabeza en la arena no tenía sentido. Él tenía que saberlo y era a ella a quien le correspondía decírselo, antes o después.

Su interlocutora la saludó cariñosamente y escuchó todo lo que tenía que decirle antes de admitir que, tal como Stacey había sospechado, no habían visto razón alguna para molestar a Lucas con el dato de que ella estaría al frente del evento anual en las montañas. La palabra de lady Sarah era suficiente para ellos.

-No es que lo hayamos mantenido en secreto -explicó la mujer-. Los rumores no le gustan, y él confía en nosotros, de manera que no consideramos oportuno molestarlo para decirle que tú estarías al frente en lugar de lady Sarah.

-Era lo que me imaginaba -repuso Stacey-. No te preocupes. Ya se lo explicaré yo.

-¿Algún otro problema?

-Ninguno. Todo perfecto -podía fingir ante los demás, pero no ante sí misma. Porque el regreso de Lucas lo había cambiado todo.

El vestido que había elegido era lo suficientemente elegante para una fiesta tan sofisticada pero a la vez discreto: de seda color crema, largo hasta los tobillos, escote pudoroso y cuello con solapa. Con sus rebeldes rizos rojos en un sencillo moño, se colgó la credencial al cuello y, tras perfumarse un poco, abandonó por fin la habitación.

Miró el reloj cuando entró en el ascensor. Iba bien de tiempo. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Qué pensaría Lucas cuando la viera? ¿Sentiría algo? «No», concluyó para sus adentros con una sonrisa irónica. Se mostraría tan indiferente y despreocupado como siempre. Pero eso no aminoraba sus nervios ante la perspectiva de volver a verlo.

Su primer encuentro con Stacey no transcurrió como había esperado. Le cortó el paso en el salón, de golpe.

-Disculpa, Lucas, pero no puedo detenerme a hablar ahora...

-¿Perdón? -la miró sorprendido-. ¿Qué clase de recibimiento es este?

-¿Después de cinco largos años, quieres decir? -replicó, mirándolo fijamente.

Tuvo que recordarse que, al margen de su profesionalidad, era una mujer que nunca había rechazado un desafío. Algún consuelo le proporcionó ver que aquellos preciosos ojos verdes se habían oscurecido un tanto y que parecía jadear levemente.

-¿Te has asustado? ¿Vas a salir corriendo?

-Oh, estoy perfectamente tranquila. No necesitas preocuparte de que ninguna copa vaya a salir volando esta noche... Me alegro de verte, por cierto, Lucas -dijo, a manera de preludio de su inminente retirada-. Tienes buen aspecto.

-Y tú estás ruborizada.

-Es el calor que hace aquí.

-Bueno, si el aire acondicionado no funciona bien... -frunció el ceño.

-Funciona perfectamente.

-¿Entonces?

-Entonces vas a tener que perdonarme, pero tengo mucho que hacer -y siguió su camino.

Un miembro de su equipo requirió su atención, con lo que Lucas no tuvo más remedio que resignarse, contra su

costumbre. Aquellos escasos minutos que había estado con ella le habían sabido a poco. ¿Habrían sido suficientes para Stacey? Sus ojos le habían sugerido lo contrario pero, claramente, la dedicación a su trabajo estaba por encima de sus sentimientos personales, algo que lo llenaba de frustración.

Lo había dejado plantado, con la palabra en la boca. Se sonrió, irónico. Stacey Winner siempre había sido muy especial. Y estaba bellísima, por cierto, pensó mientras seguía con la mirada sus movimientos por el salón. Se había recogido en un moño el cabello todavía húmedo por la reciente ducha y su maquillaje no podía ser más sencillo. En cuanto a su cambio de atuendo, el elegante vestido de crema que moldeaba su sensual figura había supuesto una absoluta transformación comparado con la camiseta y los vaqueros de cuando trabajaba en la finca.

Había sobrevivido a su primer encuentro con Lucas. Sentía incluso un punto de orgullo por haber podido revivir el tono burlón y algo pícaro de sus conversaciones en la granja, manteniendo al mismo tiempo el equilibrio entre su faceta personal y profesional. O al menos esperaba haberlo conseguido, pensó mientras lo miraba, que en aquel momento estaba hablando con los músicos de la banda. Verlo de lejos era ya suficientemente malo, pero tenerlo tan cerca como para poder tocarlo representaba un inefable tormento. Aquel hombre era como un campo de fuerza que amenazaba con engullirla...

-Stacey.

-¡Lucas!

Estaba justo detrás de ella. Había vuelto a ocurrir. Su cerebro se había reducido a papilla mientras que sus pies habían echado raíces en el suelo. Obligándose a recuperarse, se concentró en el trabajo que tenía entre manos.

-Las puertas se abrirán en unos pocos minutos -exclamó, quitándole la palabra de la boca, y volvió a escabullirse.

Maldiciendo por lo bajo, se prometió a sí mismo que en algún momento conseguiría pasar un rato a solas con ella. En aquel instante era difícil, pero más tarde... Estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya, y a que las mujeres se lo quedaran mirando con el deseo y el símbolo del dólar en los ojos. Pero Stacey era diferente.

Lo que en aquel momento veía en los ojos de Stacey no era otra cosa que pasión por su trabajo y determinación por convertir aquella fiesta en un éxito. Resignado al papel de espectador mientras ella se movía de un lado a otro del salón como un glamoroso autómatas con tacones, apretó la mandíbula, soltó un gruñido frustrado y se aprestó a representar su papel de anfitrión. Ver a Stacey le había despertado sentimientos que ni siquiera había sido capaz de imaginar. Sentimientos para los que no había más que una cura.

Justo en aquel momento, ella se volvió para mirarlo con unos ojos que parecieron decirle, en lugar de evidenciar deseo o codicia alguna: «¿Qué te parece lo que he organizado? ¿Verdad que mi equipo ha trabajado duro?». Qué mujer tan irritante... Pero ni estaban en la granja ni ella era la traviesa adolescente que solía burlarse del amigo de su hermano. ¿Se había olvidado acaso de que él era su cliente, el tipo que la estaba pagando? Y entonces, de repente, volvió a verlo: aquel brillo de picardía en sus ojos, el mismo que recordaba tan bien. Sacudiendo la cabeza, la reconvino con una ceñuda mirada de advertencia... desaparecida ya su irritación.

Ella, a su vez, lo recompensó con una sonrisa que le hizo ansiar poseerla allí mismo, delante de todos. Se le había acabado el tiempo. La doble puerta se abrió por fin y empezaron a entrar los invitados.

Desde el primer momento en que Niah! lo invitó a su casa para enseñarle los ponis de su padre, Stacey lo había puesto a prueba. Lo había desafiado a montar su caballo más rebelde para retirarse con indiferencia después de ver cómo lo dominaba. Montando era temeraria. «Ya te ganaré la próxima vez», solía decirle cuando fracasaba en sus intentos por superarlo en velocidad. Nunca se rendía. Había recurrido a todos los trucos posibles para disuadirlo de que adquiriera sus ponis favoritos. «Eres demasiado exigente. Terminarás haciéndoles daño», le había dicho, a sabiendas de que era mentira, ruborizándose. Los ponis en cuestión, según Stacey, eran cojos o se cansaban fácilmente, con lo que seguro que terminarían por decepcionarle. Esas mentiras se las soltaba con sus enormes ojos verdes bien abiertos para luego, a la menor oportunidad, liberar a los ponis y espantarlos para que se escaparan, obligándolo a él y a Niah! a volver a reunirlos...

Su marcha de la finca y de la casa familiar había sorprendido a todo el mundo menos a Lucas. Sospechaba que su padre debía de haberse sentido incluso aliviado. Un alivio que su nueva mujer no se molestó en disimular, dado que Stacey jamás le había caído bien. Quizá solamente Lucas y Niah! habían comprendido y apreciado el coraje del que había hecho gala Stacey para labrarse una nueva vida en la gran cudad.

A Stacey siempre le habían encantado los desafíos. «Y a mí», reflexionó Lucas mientras la veía saludar al primero de los invitados. Apoyado en una pared, se fijó en la gracia y elegancia con que iba guiando a cada una de aquellas luminarias de la sociedad a sus respectivos asientos. Comparada con la exquisita sencillez de Stacey, las demás mujeres del salón parecían excesivas, recargadas, estridentes. Todas fracasaban a la hora de conseguir su atención, mientras que ella era todo lo que había soñado y deseado... pero que no podía tener, se recordó, presa de una dolorosa excitación. Stacey Winner era fruta prohibida

para él: no tenía cabida en su frenética vida. Era la querida hermana pequeña de Niah, una amistad que no tenía intención alguna de poner en riesgo.

Como si hubiera percibido el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, Stacey miró en aquel momento en su dirección. Vio que apartaba en seguida la mirada... ¿ruborizada, quizá? ¿La afectaría de la misma manera en que ella lo afectaba a él? Y si ese era el caso, ¿debería importarle? Solo una cosa era cierta: debajo de la coraza profesional que había desarrollado durante aquellos cinco últimos años, seguía ardiendo el mismo fuego. Solo que le costaba menos disimularlo.

El salón, mientras tanto, no había dejado de llenarse. Las sonrisas de satisfacción de los invitados le confirmaron lo que ya sabía: Party Planners se había portado de maravilla. Así que, encogiéndose de hombros, buscó la mirada de Stacey y le lanzó otra cargada de ironía como diciendo: «Bien hecho».

«Mírame», pareció decirle ella, maliciosa. «Porque no he acabado todavía».

Oh, desde luego que no había acabado, cuando el vestido que lucía subrayaba cada exuberante curva de su cuerpo, o cuando su peinado enfatizaba unos pómulos en los que nunca antes se había fijado tanto. Porque eran muchas las cosas que habían cambiado en cinco años. Mientras continuaba observándola, pensó que quizá fuera su tranquila confianza lo que más le impresionaba. Eso y lo más obvio: su clásica elegancia y aquel sello de humor que tanto lo atraía.

De repente advirtió que un embajador de cierta edad se acercaba a ella para plantarle su ancha zarpa en la espalda. El impulso de pegarle resultó abrumador, a la vez que ridículo. Sería capaz de controlarse, ¿no? Pues al parecer no, reconoció mientras atravesaba el salón a buen paso. Stacey era suya. «Para protegerla», se apresuró a

corregirse, como habría protegido a cualquier otra mujer en apuros.

Cuando llegó a donde se encontraba Stacey, vio que se había desembarazado del sátiro para seguir su camino, pero en seguida volvió a verse en una complicada situación protagonizada por una famosa actriz con fama de problemática. La *prima donna* ya había dejado desolados a algunos de los miembros más jóvenes de Party Planners para cuando Stacey se incorporó al tenso grupo. En seguida les indicó que se retiraran para hacerse directamente cargo de la situación. La diva se había sentado en una de las mesas principales para que todo el mundo pudiera verla y admirarla, pero algo había en la mesa que parecía desagradarla profundamente.

-Retire por favor este centro de mesa -ordenó la mujer-. Seguro que mi equipo le informó de que soy alérgica a estas cosas. Solo admito rosas blancas en mi mesa.

¿Cómo iba a poder conseguir rosas blancas a esas alturas de la velada?, se preguntó Lucas mientras veía como Stacey intentaba tranquilizar a la diva a la vez que daba unas discretas instrucciones a una colaboradora.

-Ningún esfuerzo es poco cuando se trata de complacer a una estrella. Me encargaré personalmente de corregir este desafortunado error de inmediato. Mientras tanto -llamó a un camarero-, una botella del mejor champán para nuestra invitada. Hasta que lleguen las rosas blancas, ¿le gustaría quizá conocer al príncipe Albert de Villebourg sur Mer?

Al ver el brillo de interés que asomó a los ojos de la diva, Lucas exclamó para sus adentros: «Bravo, Stacey!». Y todavía tuvo otro bravo para ella cuando una colaboradora acudió con una florista. Todo solucionado.

Un verdadero triunfo para la señorita Winner. Se alegraba por ella, pero... ¿eran imaginaciones suyas o le había parecido ver que Stacey se lo quedaba mirando con una sonrisa como diciendo: «¿qué tienes qué decir ahora?».

Lo cierto era que tenía muchas cosas que aprender de aquella nueva Stacey. Se moría de impaciencia.

Siempre habría líos e imprevistos, pensó resignada mientras pasaba a ocuparse de todo. Pero resolverlos constituía parte de la diversión. Le gustaba encontrar respuestas y hacer feliz a la gente. Y no solo porque su principal cliente se encontrara en aquel momento en la habitación, aunque Luc se las arreglaba para excitarla cada vez que cruzaban una mirada. El esmoquin le sentaba de maravilla. Enfatizaba su estatura y la anchura de sus hombros, acentuaba el glamour que le caracterizaba. Aunque la verdad era que, con unos viejos vaqueros, estaba igual de guapo... al igual que con aquellos ajustados pantalones de polo con los que aparecía en las revistas. Pero mejor era no pensar en pantalones ajustados, o no conseguiría hacer nada a derechas. Tenía cosas mejores que hacer que admirar el trasero de un cliente.

En su defensa, sin embargo, tenía que reconocer que ningún cliente tenía un trasero como el de Lucas Silva.

Capítulo 3

Esa vez no se le iba a escapar. A la primera ocasión en que volvieron a cruzarse sus caminos, Lucas se plantó ante ella.

-Señorita Winner, estoy empezando a pensar que me estás evitando.

-¿Por qué habría de hacer algo así? -inquirió, indiferente. Luego, abriendo los brazos, añadió, irónica-: La verdad es que hemos estado muy ocupados esta noche, pero esperaba que estuvieras satisfecho con nuestro trabajo.

-Lo estoy. Te he visto lidiar con clientes difíciles y resolver situaciones que habrían podido terminar muy mal.

-Solo quiero que todo el mundo disfrute -se encogió de hombros-. Cada uno de nosotros alberga diferentes expectativas.

-Desde luego -convino él, mirándola fijamente a los ojos.

Lo miró como si esperara encontrar un brillo de burla en su mirada. Como no fue así, sonrió.

-En cualquier caso, gracias por el cumplido. Lo acepto en nombre del equipo. Ahora, si me disculpas, tengo otro asunto que revisar antes de que empiece el banquete.

-¿Cuál?

-Quiero asegurarme de que nadie ha cambiado su tarjeta de la mesa asignada con tal de sentarse cerca de ti.

-¿Tan solicitado estoy?

-Sabes que sí.

-Pero no por ti, ¿verdad?

-No sé qué quieres decir -repuso, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

-Olvidalo -le hizo una burlona reverencia-. Y gracias por protegerme.

-Ha sido un placer -repuso, dispuesta a salir disparada.

-Entonces... ¿dónde voy a sentarme yo? -le preguntó, deseoso de retenerla un poco más.

-A mi lado -al ver su gesto de sorpresa, añadió divertida-: Pensé que te gustaría. Has venido sin pareja y a la princesa la he sentado a tu derecha. Así estaré cerca de ti. Como asistente personal tuya.

-¿Y eso no te molesta?

-¿Por qué habría de molestarme? Es mi trabajo. Pero si prefieres que me siente en otra parte...

-No, no -negó con inusitada rapidez, para sorpresa de ella y de él mismo-. Me parece bien lo que dispongas.

-De acuerdo. Entonces, si me disculpas...

-Por supuesto -inclinó la cabeza-. No dejes que te entretenga.

No volvió a ver a Lucas hasta que todo el mundo estuvo sentado para el banquete. Solo entonces ocupó el asiento que estaba vacío a su izquierda.

-Lo de antes solo era una broma. No sabía si tenías reservado este lugar para alguien. Y lo que no quiero es dejar vacía esta silla.

-Tienes razón: no quedaría bien -convino Luc-. ¿Pero es esa la única razón por la que te has sentado a mi lado? -le lanzó una larga mirada de reojo.

-No se me ocurre ninguna otra -repuso, pese a que sabía que tenía que abordar con él la cuestión de la ausencia de lady Sarah.

-Me has impresionado esta noche.

-Querrás decir que te ha impresionado el equipo.

-Quiero decir que me has impresionado tú.

Lo dijo con voz dulce y ronca, prolongando su mirada más de lo necesario. Stacey aprovechó el momento para preguntarle:

-¿Significa eso que el próximo contrato está asegurado?

Lucas frunció el ceño.

-¿Hay algo que quieras decirme al respecto?

Ya se había enterado. Suponía que habría revisado las últimas noticias que habían corrido sobre Party Planners, incluyendo el detalle de la enfermedad de lady Sarah.

-Bueno, solo que lady Sarah se halla indispuesta y que por esa razón me pidió que la sustituyera. ¿Tienes algún problema con eso?

-¿Algún problema, dices? -la miró inquisitivo.

-El equipo se ha volcado contigo. Y yo también.

-Y yo me mostraré debidamente agradecido con todos.

-¿Pero?

-¿Quieres que te dé una seguridad ahora mismo?

Justo en aquel momento, un miembro de su equipo le hizo un discreto gesto para que se acercara.

-Si me disculpas...

-¿No vas a quedarte a probar al menos la comida?

-Confío en tus chefs.

-Mira qué bien -comentó Lucas, irónico.

-Y confío en ti -añadió, tocándole ligeramente un brazo como para subrayar sus palabras.

Inmediatamente se arrepintió de aquello. Porque fue como meter los dedos en un enchufe: podía sentir un cosquilleo en los dedos. La verdadera pregunta era si Lucas confiaría en ella lo suficiente como para dejarla a cargo de un evento tan importante para su compañía como la fiesta anual en las montañas. Para complicar las cosas, parecía que su antigua conexión seguía siendo tan intensa como siempre, algo que quedó demostrado cuando no pudo resistirse de lanzarle una pulla antes de levantarse de la mesa: